

Chily quiere volar

Autor: Nicole Álvarez Bravo

Era un lunes por la mañana y el sol comenzaba a brillar sobre un claro en lo más profundo del bosque. Los animales que vivían allí, de todos los tipos, formas y tamaños, se despertaban para empezar el día, y poco a poco el lugar se llenó de aquellos que se dirigían al trabajo, a la escuela, quienes abrían sus negocios y otros que hacían deportes.

Aquí es donde, en una pequeña charca, vivían varias familias de criaturas acuáticas y anfibias. Entre ellas, una familia de ranas en la que los renacuajos ya habían alcanzado la edad para empezar a ir a la escuela. Habían empezado a perder sus colas y les habían crecido las patas, por lo que estaban listos para caminar en tierra firme y aprender a vivir.

Mamá Rana ayudaba a sus ranitas a prepararse para ir a estudiar, muy orgullosa de verlos con sus mochilas y uniformes. Y uno de sus hijos, en particular, estaba muy emocionado de salir y ver todo el mundo; era uno de los más jóvenes, de color verde tornasol, y su nombre era Chily.

Desde la primera vez que ella y su esposo lo habían visto nadar en el estanque, supieron que estaban ante un aventurero. Él siempre quería saber todo sobre las cosas que lo rodeaban, nadaba hacia las zonas que estaban fuera de su alcance, y nunca se podía estar del todo quieto.

Cuando salieron de su casa y comenzaron el camino al parvulario, Chily no paraba de apuntar y hacer preguntas: ¿Por qué hay animales que caminan y otros que nadan? ¿Por qué algunos animales tienen pelo y otros no? ¿Por qué ellos van a perder sus colas, pero otros animales no? Su mamá había su mejor esfuerzo para contestar todas las preguntas mientras lo guiaba hasta su destino.

Estaban ya llegando a la entrada donde los esperaban las profesoras del parvulario, cuando una sombra pasó sobre ellos y Chily miró asustado al cielo. Y lo que vio lo dejó con la boca abierta.

En el cielo, un animal de color blanco avanzaba sin tocar el suelo. Movía sus enormes brazos y con cada movimiento, se iba más y más arriba, sin caerse.

Agarró con fuerza la mano de su mamá y le dijo: - ¡Mamá, mamá, mira! ¡Ese animal está nadando en el aire!

Su mamá miró hacia donde apuntaba y sonrió. – No está nadando, Chily. Esa es un ave y está volando.

- ¿Volando? – repitió Chily
- Sí – le dijo su mamá – hay animales que tienen la habilidad de volar usando sus alas.

Chily no entendió del todo lo que su mamá le estaba explicando, pero sí entendió lo que significaba volar. Miró a su mamá y le dijo:

- Mamá, cuando sea grande quiero volar por los cielos.

Su madre sólo lo miró y suspiro con una sonrisa, porque ¿cómo podría el pequeño Chily llegar a eso? Las ranas no pueden volar. Se preguntó si era mejor decirle desde un principio que no se podía, o apoyar su sueño hasta que creciera y se diera cuenta de la verdad por sí solo. Por el momento, sólo se rio y trató de ganar tiempo para que el pequeño no exigiera otra respuesta.

– Ya, ya, andando que debes ir a clases.

Entró al parvulario con sus hermanas y hermanos, pero a diferencia de ellos, le costó prestar atención a las actividades y juegos. Cada vez que podía miraba al cielo para tratar de ver a alguna ave.

Desde ese día, Chily trató de volar por todos los medios que se le ocurrían. Observaba a las aves volar, y trataba de entender como era que sus brazos los sostenían en el aire. Cuando él nadaba, lo que hacía era impulsarse con su cola, pero con cada día que pasaba la iba perdiendo e iba ganando fuerza en sus patitas.

Le preguntó a su maestra como era que las aves volaban, y ella le explicó que ellas tenían plumas que les permitían aprovechar las corrientes de aire para despegarse del suelo. Le preguntó entonces que cómo podía hacer para que le salieran plumas, pero su profesora le dijo que a las ranas no les podían salir porque su piel estaba hecha para ser impermeable y nadar, no para volar y soportar el frío del cielo.

Aún así, decidió encontrar la forma de tener plumas. Junto con la ayuda de sus hermanos, juntó un montón de hojas de árbol y se las pegó al cuerpo con savia. Después, saltó lo más alto que pudo mientras agitaba sus brazos, pero no pudo siquiera mantenerse en el aire un segundo.

Una de sus hermanas le dijo que quizás tenía que conformarse con poder nadar.

Frustrado, le preguntó a su amigo de parvulario, un murciélago, como era que le hacía para volar si no tenía plumas. El murciélago le respondió que usaba sus manos.

- ¿Eso es todo? – le preguntó Chily

- Bueno, mi mamá dice que hay que extender los dedos y empujar con fuerza hacia abajo y el viento nos empuja hacia arriba y podemos volar.

Chily miró sus manos y se preguntó si bastaría con sus manos para volar. Tenía membranas como las de su amigo, pero no tenía los dedos tan largos.

Así fue como de nuevo, con la ayuda de sus hermanos y del murciélago, trató de volar extendiendo sus manitas y agitando los brazos. Pero pronto quedó claro que no bastaría. Pensó que quizás le faltaba más impulso, y decidió lanzarse cuesta abajo para saltar más lejos y de ahí batir las “alas”.

Lo único que consiguió fue caer al estanque y ganarse la burla de un montón de ratas que lo vieron pasar.

Enojado, Chily se escondió en un rincón del bosque. Quería volar, pero se le acababan las ideas. Miró hacia el cielo y fue entonces que vio a otra compañera de parvulario, una ardilla voladora que había llegado de muy, muy lejos. La vio saltar desde un árbol y extender sus brazos para volar hasta el árbol de enfrente.

Se levantó de un salto y la llamó para que bajara. Ella así lo hizo y él comenzó a bombardearla de preguntas – te vi volar de un árbol a otro, ¿Cómo lo haces si no tienes alas?

Ella le dijo - mi mamá y yo planeamos. Lo que hacemos es subimos a un árbol, corremos por una rama, saltamos, y extendemos los brazos y piernas para que el viento nos lleve al siguiente árbol.

Chily se emocionó - ¿Crees que yo podría hacer eso?

- Claro que sí – le dijo la ardillita –Si practicas, seguro que lo logras.

Sin perder tiempo, Chily comenzó a subir a un árbol para intentar volar. Iba a mitad de camino cuando sus hermanos y su amigo murciélago lo vieron, y una de sus hermanas se asustó – iré a buscar a mamá – dijo antes de irse corriendo.

Los demás se quedaron abajo y se preguntaron si deberían detener a su hermano. El pequeño murciélago voló hasta la rama en la que se encontraba Chily y le dijo – no creo que debas saltar de tan alto. Mi mamá dice que los primerizos deben saltar de algo más bajo.

Chily le contestó – tengo que ir más arriba para que el viento me ayude a volar como lo hace con la ardillita.

Con esfuerzo, logró llegar al extremo de una de las ramas del árbol y se dispuso a saltar. Por un momento sintió un poco de miedo ya que estaba muy alto, pero se dijo a sí mismo que tenía que hacerlo para conseguir su meta. Contó hasta tres, y saltó justo cuando su hermana llegaba corriendo con su mamá.

Durante los primeros segundos, Chily sintió el viento en su cara y la sensación de ser libre. Estuvo feliz de estar por fin volando como las aves, como si nadara en el aire.

Sin embargo, se dio cuenta después de unos instantes de que no estaba planeando como la ardilla ni volando como el murciélago. Estaba cayendo, y de una altura demasiado grande para él.

El viento hizo que fuera un poco más lento, pero aún así cuando llegó al suelo se hizo daño. Su mamá corrió hacia él asustada, y con mucho cuidado, lo revisó.

- ¡Hay que llevarlo al hospital!

Lo llevaron con el doctor y por suerte no tenía heridas permanentes, pero una de sus patitas se había roto, por lo que tendría que descansar en su casa hasta que sanara.

Mientras dormía, su mamá pensaba en cómo ayudarlo. Sabía que su sueño era ser como las aves, pero su afán por volar sin alas lo había puesto en un gran peligro y si no hablaba seriamente con él, podría pasarle algo peor.

Cuando Chily despertó, su mamá tuvo una larga charla con él. Le explicó que entendía su sueño de volar, pero que las ranas no estaban hechas para ello. Que había animales que lograban hacer cosas como planear o flotar, pero que ellos no eran parte de ese grupo.

Chily se sintió muy triste y empezó a llorar. Su mamá lo abrazó y le dijo que podían buscar otro sueño, o encontrar otra forma de alcanzar el que ya tenía. Eso sí, debía dejar de hacer cosas peligrosas como saltar de los árboles.

Poco después, llegó el papá y le explicaron lo que había pasado.

- Eso no estuvo bien, Chily. Pudiste salir muy lastimado.
- Lo siento, papá.
- Lo importante es que estás a salvo, y que entiendas que no debes volver a intentar algo así.
- No lo volveré a hacer – dijo Chily arrepentido.

Durante los siguientes días, Chily se fue recuperando y volvió al parvulario. Y la primera en recibirlo fue la ardilla, que se disculpó por decirle que podía flotar como ella. Chily aceptó su disculpa, y se volvieron amigos.

Pasó el tiempo, y un día, cuando ya había comenzado la escuela, sus papás le dijeron que tenían una buena noticia para él. En el bosque, se había creado una academia para pilotos.

- ¿Qué son los pilotos? – preguntó Chily

Sus papás le explicaron que eran animales que al igual que él, querían volar, aunque no tuvieran alas. Y lo que habían hecho, era crear máquinas que podían volar, y ellos las manejaban.

Chily no lo podía creer. No sabía que había otros como él, ni que existieran los “aviones”. Miró las revistas que le había traído su papá, y se quedó fascinado viendo todos los tipos de máquinas voladoras que existían.

- Si quieres, cuando seas mayor y termines la escuela, te podrías unir a ellos.

Chily saltó de emoción.

- ¿De verdad? ¿Entonces podré volar?
- Así es, podrías volar. Pero, debes tener en cuenta que, para poder convertirte en piloto, tendrás que esforzarte. Tendrás que hacer deporte, comer bien, y estudiar mucho. ¿Crees poder hacerlo?
- ¡Lo haré! ¡Lo prometo!

Con la promesa de que le pondría todo su empeño, y con la ayuda de sus padres, hermanos y amigos, Chily comenzó su camino para convertirse en piloto. No fue un camino fácil, pero nunca se rindió.

Todos los días, se preocupó de hacer deporte y comer todas sus verduras para estar sano. Fortaleció sus patitas para que nunca más se rompieran, y se convirtió en el campeón de salto de la escuela. Y aunque no le gustara mucho, también se esforzó en sus estudios para poder entrar a la academia sin problemas.

Finalmente, llegó el día en el que tenía que presentarse a la prueba para entrar a la academia. Estaba nervioso y le temblaban las piernas. A su lado se encontraban su amigo murciélago y su amiga ardilla, que también quisieron entrar a la academia.

Rindió su examen y luego esperó con ansias sus resultados.

Días después, recibió la respuesta: ¡había sido aceptado! Saltaba de alegría mientras su familia lo festejaba, y pronto se le unieron sus amigos que también habían logrado entrar.

Llena de orgullo, su madre le dijo: - Finalmente llegó tu momento de brillar.

Chily la abrazó – No habría llegado tan lejos sin tu apoyo.

Su papá se acercó y le dijo – Lograste entrar, ahora debes poner tu empeño en aprender todo lo necesario para convertirte en piloto y cumplir tu sueño: volar.

Chily le sonrió – Eso haré. Lo prometo.

Y fue así como comenzó su carrera de ensueño.

En unos años, se graduó de la academia de aviación y se convirtió en el primer piloto rana de la historia. Algunos de sus logros más notorios fueron la invención de un truco en el aire que bautizó como “salto de rana” y la creación del hidroavión.

Con los años se convirtió en una leyenda de la aviación anfibia, y llegó a ser el director de la academia de pilotos. Su familia y amigos no podrían haber estado más orgullosos de él.

Aún ahora, los animales del bosque lo ven pasar volando sobre sus cabezas; y Chily espera que, en algún lugar, otro pequeño o no tan pequeño, lo vea y también se sienta inspirado a seguir sus sueños.

Un día, mientras pasaba por las nubes, Chily recordó la lección que le enseñaron sus padres: Que, para alcanzar los sueños, no es necesario forzar las cosas. Cuando algo no se puede hacer, siempre se puede buscar otra forma de llegar a la misma meta. Es necesario darle un enfoque distinto a la vida, y estar abierto a las nuevas opciones y oportunidades que nos ofrece. Eso era lo que había hecho, y ahora se pasaba los días viviendo feliz y surcando los cielos como siempre deseó.

FIN